

15 de mayo de 2021 - Sábado de la 6ª semana de Pascua

Hechos 18:23-28; Jn 16:23-28

Homilía

Las lecturas de los Hechos de los Apóstoles que tenemos como primera lectura en las misas de este tiempo de Pascua no son simplemente bellas historias que nos dan una idea de cómo se desarrolló la Iglesia durante la primera generación cristiana. También nos hablan de la propia naturaleza de la Iglesia. Estos textos nos muestran que había muchas maneras de convertirse en cristiano.

Por supuesto, había muchos hombres y mujeres que habían sido seguidores de Jesús durante su vida y que habían mantenido su fe en él después de su muerte y resurrección. Todos ellos, no sólo los Apóstoles y los primeros diáconos, transmitieron su fe a los demás con su vida y sus palabras. Luego estaba Pablo, que se encontró personalmente con Jesús en el camino de Damasco. En la lectura de hoy, vemos otra forma de convertirse en cristiano. Un Judío llamado Apolos, que vino de Egipto, donde había la mayor diáspora judía en la época de Cristo (más o menos un millón de judíos, según los historiadores modernos), era un hombre lleno de fervor y una autoridad en las Escrituras. Había oído hablar de Jesús, tal vez por haber venido a Jerusalén para la Pascua, y había llegado a la conclusión de que Jesús era el Cristo. Aunque no había recibido ninguna formación de los Apóstoles ni de ningún otro misionero, hablaba y enseñaba fielmente sobre Jesús. Pablo y los demás cristianos de Éfeso acogieron bien su predicación.

Esto muestra muy claramente que lo que hace que alguien sea cristiano es esencialmente creer en Cristo. La Iglesia es la comunidad de todos los que creen en Cristo. Jesús no estableció una nueva organización. No fundó un nuevo grupo llamado Iglesia. Llamó a sus discípulos, es decir, a todos los que recibieron su mensaje, a estar unidos por lazos de amor y a mostrar ese amor a todos sus vecinos. La Iglesia, según el Vaticano II, es fundamentalmente un misterio, es decir, un sacramento: la manifestación visible del amor de Dios por nosotros y de su salvación, bajo el signo de la comunión entre personas en un mismo amor, fe y esperanza. Por eso, una Iglesia local no es una simple subdivisión administrativa de la Iglesia universal. Más bien, cada vez que -y dondequiera que- unos cuantos cristianos expresan su comunión en la fe, el amor y la esperanza en Jesucristo, hay una manifestación visible -y una realización- del misterio de la Iglesia en su totalidad. Está la Iglesia. La Iglesia universal está formada

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

por la comunión entre estas iglesias locales.

Por supuesto, la Iglesia, al estar compuesta por seres humanos, y por tanto ser humana, tenía que dotarse de alguna forma de organización. Según las circunstancias de tiempo y lugar, se ha desarrollado una estructura a lo largo de los siglos: diócesis, archidiócesis, parroquias, patriarcados, la Curia Romana, diversos ministerios, antiguos y nuevos, etc. Podemos estar muy satisfechos con esta estructura o podemos aspirar a una gran simplificación de la misma. Todo esto es secundario. La realidad esencial es que lo que nos hace cristianos no es pertenecer a esta estructura, sino tener una fe personal en Jesucristo y compartir esa fe con los demás en el amor y la esperanza. Y es porque compartimos esta fe con todos los demás creyentes que pertenecemos a la estructura eclesial.

Entonces podemos, como nos invita Jesús en el Evangelio de hoy, rezar en su nombre. Eso es lo que hacemos en esta Eucaristía: expresar nuestra fe en comunión unos con otros y con todos los que en todo el mundo han puesto su fe en Cristo.

Armand Veilleux

Memoria de San Pacomio